

Modelos autoritarios en Antropología de la violencia de Alfredo Tecla Jiménez.

Comentario de lectura

Las posiciones autoritarias de algunos sectores sociales es una problemática histórica de la cual las relaciones micro y macro sociales padecen como un mal necesario. La exposición de Hegel de esta dialéctica complementaria entre la conciencia dominante y la servil es evidente en nuestras sociedades, ya que el sistema económico y político ha mantenido este modelo para reproducir y regular esta simbiosis. La falta de búsqueda de alternativas que rompan esta complementariedad desigual es prácticamente desconocidas por las sociedades y silenciadas por el sistema. En este panorama mundial en donde el sistema capitalista se encuentra en una etapa de crisis, la lucha dialéctica entre los que poseen los modos de producción y los proletarios modernos es cada vez más legítima por la falta de conciencia de clase y la diversificación del proletariado. La misma conciencia de dominación y servidumbre sigue latente ahora enmascarada con una heterogeneidad del proletariado de compite entre ellos mismos, olvidando quien es el enemigo. La dicotomía entre dominación-sumisión ha perdido su importancia en el individuo existiendo solo en la exterioridad en cuanto al sistema.

La relación de los modelos autoritarios y la represión se crean a través de individuos conscientes, con planes estructurados para obtener el dominio de las decisiones políticas y económicas para reproducir este modelo en la historia. La represión y la violencia ha sido uno de los métodos para mantenerlo, pero no a través del desarrollo de tecnologías que usen la fuerza, sino a través de estructuras muy arraigadas en la cultura de las sociedades en las que la ambivalencia entre el dominado y el sirviente se encuentran muy clavadas en la conciencia de los individuos.

La violencia en las sociedades modernas en Antropología de la violencia de Alfredo Tecla Jiménez

Si echamos un vistazo en el desarrollo de las sociedades modernas industrializadas, nos daremos cuenta que su “cúspide” del llamado desarrollo y progreso de las mismas se logra a través de la represión, la muerte y la violencia, de la intolerancia y la poca conciencia por el ambiente. Los países más desarrollados en el mundo han construido modelos de democracia con una base económica relativamente buena a través del sometimiento del sur.

Las prácticas para mantener su poderío económico y político sobre los otros ha sido el desarrollo de estrategias políticas poco pacíficas. El asesinato de presidentes en Sudamérica, la instauración de dictaduras, la destrucción de entornos naturales para sus empresas, la intervención en conflictos bélicos con intereses económicos, y la venta y el apoyo de armamento para las guerras locales.

La guerra y la imposición han sido los métodos por los cuales han adquirido privilegios que poco a poco decaen en crisis como las que viven algunos países europeos. La legitimidad de estas prácticas por sus sociedades, no siempre es existentes. Sólo los intereses de grupos de poder nacionales brindan el apoyo necesario ante estas naciones represivas. El nacionalismo y estatismo de la nación difundido en discursos a la sociedad provoca que cada vez más estas prácticas de poder se transmitan a la sociedad como únicas formas legales y legítimas de solucionar conflictos. Es impresionante que los actos de terrorismo en su contra no sean interpretados como causales de un sinnúmero de atrocidades que han hecho en el mundo, al contrario, provocan que el círculo de venganza entre los pueblos crezca, y se propague un odio ante naciones de las cuales las sociedades no conocen. Un círculo de odio sin sentido iniciado por estructuras de poder que sólo dividen a los pueblos.

Cada vez más se opta por estos tipos de modelos de nación a escalas nacionales, el colonialismo interno aún se encuentra presente y lo vemos en la absorción política, económica y cultural de los centros a las periferias, ocasionando conflictos e incertidumbre.

El desarrollo de estos centros de producción altamente tecnológicos pagan un alto precio por su bienestar a corto plazo. La violencia y la drogadicción acechan algunos países con altos índices de ingreso per cápita. El más ejemplar es Estados Unidos, del cual se conocen sus problemáticas de violencia, racismo, desigualdad, drogadicción y violación a los derechos humanos, sin hablar de los centros más desarrollados de México como el Distrito Federal. Cuando hablo de que se adoptan los modelos de sociedades con una historia de colonización y de dominio, me refiero a que en la resolución de conflictos, la violencia se toma como prioridad. En México la llamada guerra contra el narco responde a un modelo totalmente prestado de Estados Unidos. Es verdaderamente irracional que adoptando un discurso extranjero en el que la violencia contra el narcotraficante es la alternativa se logre unificar a una población Mexicana hoy tan fragmentada y decepcionada de la representatividad del Estado. Sarcásticamente podría establecer una ley social para todos los Estados: A problemáticas tan complejas y heterogéneas, soluciones simples...

Las soluciones se encuentran en la retórica del aumento de personal y de armas, más vigilancia del Estado, mientras que las aspiraciones democráticas de adquirir una mejor educación, trabajo y salud se encuentran totalmente separadas de las soluciones. Se perciben como dos fenómenos autónomos sin relación alguna.

La dirigencia de las instituciones carece de una visión amplia de las funciones del Estado, no existe conexión alguna entre estas, buscan intereses distintos, mayoritariamente de intereses monetarios con una carencia de responsabilidad social.

Es evidente que un sistema que reproduce la violencia estructural en todos sus sentidos padezca de tanta incertidumbre y carencia de paz, desgraciadamente aún la sociedad legítima estas prácticas, reproduciéndolas a niveles micro social.